

tizaciones, la sinfonía de los verdes, los grises, los azules pálidos, se impongan sobre las estructuraciones cúbicas con la fuerza de su naturaleza desbordante. Yo creo que en esos momentos de delicado encuentro con los juegos de color y con las matizaciones, es cuando Juan Manuel es más él mismo. Si tuviera que definir esa dualidad que coexiste en sí mismo entre el hombre de las estructuras y el hombre de las delicadezas cromáticas, elegiría esa diferenciación de Ortega entre las ideas y las creencias. La arquitectura de su obra pertenece al orden de sus ideas; las matizaciones cromáticas —la pintura—, pertenece al orden de sus creencias. De todas maneras, no se piense que esa arquitecturización de su obra es un elemento espúreo en ella. Tan incrustada está en su vida, que incluso forma parte de su misma naturaleza...

He escrito todo lo que he escrito sobre la pintura de Juan Manuel Díaz Caneja, mi pequeña teoría sobre la misma, fundándome en una hipótesis. ¿Qué pasaría si uno de los elementos de esa hipótesis resultara fallido? ¿Qué pasaría si, por ejemplo, mañana me dijera el propio Juan Manuel: «Bueno, sí; pero resulta que a mí no me interesó nunca el cubismo»?

Pues no, no pasaría nada. Si resultara que él nunca se hubiera interesado por el cubismo, ello no querría decir que el cubismo, de una manera o de otra, consciente o inconscientemente, no hubiera presionado sobre su pintura. Pero no, me parece que no me equivocaré tan lamentablemente.

Es evidente que estoy tomando precauciones: previniendo un posible patinazo en mi diagnóstico sobre las posibles presiones magistrales en la pintura de Juan Manuel. Pido perdón por esa casi ridícula pretensión de seguridad en el diagnóstico. ■ JOSE MARIA MORENO GALVAN.

**Medinaceli:
El mercado
artístico
de las bases
USA**

Medinaceli es un pueblo pequeño, no más de seiscientos habitantes, situado en lo alto de una breve montaña que domina una amplia panorámica de campos ondulados, marrones y amarillos. El paisaje es típicamente castellano, mesetario. La carretera general Madrid-Barcelona, la Nacional II, bordea la cima donde se asienta el pueblo, que queda muy cerca del paso continuo de vehículos. Pero muy poca gente tiene el humor de subir a Medinaceli: son tres kilómetros de sinuosa pendiente, mal asfaltada y peor peraltada.

El pueblo —su arquitectura, su disposición urbana, sus plazas, su privilegiada situación— es de una extraordinaria belleza medieval. Parece que el tiempo se haya detenido en el siglo XVII; nada en Medinaceli parece sugerir el signo de los tiempos modernos. Las casas siguen siendo de piedra y barro, y los habitantes continúan vistiendo a la usanza de tiempos que se me antojan remotos. También es signo de subdesarrollo. Medinaceli fue declarada, en el correspondiente Consejo de Ministros, hace ya muchos años, «Monumento Histórico-Artístico Nacional»... Prohibido desarrollarse: el turismo también es una industria, no muy segura, pero rentable.

Al amparo de la afluencia turística, muy escasa en invierno y algo mejor en verano, se han instalado en Medinaceli algunos artistas poseídos del romanticismo de la soledad y la creación individualizada. No es un fenómeno exclusivo de la ciudad de los famosos duques. En otros rincones perdidos de la geografía española también he tenido ocasión de contemplar al artista bohemio supuestamente inspirado en el subdesarrollo crónico de unas gentes



John y Jill Sanders: un filón descubierto.



maldecidas por la Historia. Pero jamás había encontrado un caso tan singular como el matrimonio Sanders, propietarios de la Galería de Arte de Medinaceli.

El, John R. Sanders, nació en el Estado de Georgia, al Sur de los Estados Unidos. Por causas obvias, tuvo un muy insuficiente acceso a la cultura, y decidió meterse en la Armada, donde permaneció diecisiete largos años. Su brillante carrera de marinero raso con buen sueldo, debido a la antigüedad, quedó truncada por una artritis progresiva y paralizante que le obligó a permanecer hospitalizado durante muchos meses. La Armada lo retiró de su nómina porque en ella no tienen cabida los inválidos. John Sanders decidió entonces dedicarse al arte; parece que no escogió mal. Estudió escultura, artes gráficas, pintura, etcétera, en el Museo de Bellas Artes de Boston. Allí conoció a una inglesa, compañera de estudios, llamada Jill Cowie. Se casaron en 1964.

Como no vieron mercado suficiente en los Estados Unidos, se vinieron a Europa a comercializar su arte. Pasaron por Francia, y aterrizaron finalmente en Medinaceli, donde compraron, en 1965, una casa por el precio aproximado de una noche en un hotel de dos estrellas de Boston o Nueva

York. Obviamente, decidieron quedarse en España, embrujados por el encanto de Medinaceli.

John y Jill Sanders, una vez instalados, empezaron a producir. Acordaron una discreta división del trabajo: El se dedicaría a la pintura y ella a la escultura. Los comienzos, sin ser duros, no fueron tampoco muy boyantes. Medinaceli, como mercado artístico, no daba mucho de sí. Además, ni Jill ni John eran lo que se dice unos genios: El es un retratista mediocre, que desde hace unos meses se ha pasado a la pintura abstracta, sin que al contemplar sus últimos cuadros se acierte a comprender el porqué; ella modela figuras, que luego hace forjar en bronce, de muy pobre expresividad, a pesar de inspirarse tenazmente en el arte escultórico de Rodin.

Un día, pasados ya dos años desde su instalación en Medinaceli, descubrieron el filón. España, los españoles, son un mal mercado para nuestras producciones, pero el país está lleno de norteamericanos, sobre todo de soldados norteamericanos. Montaron una exposición en la base USA de Garra-pinillos, en Zaragoza; otra en Torrejón de Ardoz. Luego se fueron a Marbella, aprovechando el «boom» del turismo norteamericano ha-

cia la Costa del Sol, y de paso se dieron una vuelta por la base naval de Rota. En estos viajes vendieron la tira de cuadros y esculturas. Nadie hasta ese momento había tenido la luminosa idea de visitar al pobre soldado USA, solo, alejado de su patria, distanciado del ambiente por la barrera del idioma. Jill y John Sanders ofrecían el trato directo, hablaban la misma lengua, y además él había sido también soldado. Fue fácil introducirse.

El mercado descubierto, se dieron cuenta en seguida, era inagotable, debido a la continua renovación de efectivos humanos de que hacen gala las Fuerzas Armadas estadounidenses. Dinero tampoco faltaba, no hay que decirlo. Dólares abundantes, que el soldado, soltero y solo en la vida, no tiene tiempo ni ocasión de gastar. Jill Cowie Sanders, como es mujer, montó también una exposición de sus esculturas en el American Women's Club de Madrid. Las mujeres de los soldados y funcionarios norteamericanos son también compradoras de arte, ¿por qué no?

Todo este submercado paralelo sigue, no obstante, centralizado en Medinaceli, donde el matrimonio tiene montada una exposición permanente. Los precios no son excesivamente ca-

ros: La figurita de bronce, de unos diez centímetros de altura, viene a costar alrededor de las dos mil pesetas. Un cuadro, depende del tamaño, claro, puede valer entre diez mil y veinte mil pesetas. Parece ser que también algunos turistas nativos compran el arte producido por el matrimonio. Pero lo fundamental sigue siendo el mercado artístico de las bases, o, como diría Vázquez Montalbán, el mercado del arte derivado de la penetración americana en España. Como se ve, hay de todo en la vida del Señor, y sólo hace falta tener el suficiente ojo para descubrir a tiempo el racimo más jugoso. ■ JUAN ZAMORA TERRES.

TEATRO

Sobre el uso de la libertad

Ellas los prefieren un poquito locas, de Harry Caine, es una de esas comedias que parecen estrenadas para certificar la existencia de la «apertura». Es uno de

tantos vodeviles que hace tres o cuatro años jamás se hubieran visto sobre un escenario español.

Su tema, naturalmente, es el adulterio, fenómeno social que durante algunos lustros nuestras comedias consideraron exótico, quizá específicamente francés y desligado de la realidad familiar española. Ahora, por el contrario, se diría que el «sentimiento de liberalización» de nuestro público se manifiesta sobre todo en la reiteración de las comedias de adulterio, no sabemos si porque los espectadores se sienten así un poco menos criminales en su vida privada, o porque el tema aún conserva cierta impudicia.

El caso es que la «apertura» no nos ha traído el teatro de Nieva, de Rodríguez Méndez, de Martín Recuerda y de otros autores cuyas obras, además de estar prohibidas durante mucho tiempo —y de seguir estándolo en más de un caso—, hubieran significado un verdadero avance de la función social del teatro español. A mi modo de ver, sólo *El bebé furioso*, de Martínez Mediero, al margen de las consideraciones hechas en su día sobre la comicidad de su montaje, y *Terror y miseria del III Reich*, de Brecht, pueden ser saludados como estrenos útiles beneficiados del proceso político.

Algún otro título hay —como *Mambrú se fue a la guerra*, de escasa resonancia—, desde luego. Pero es evidente que el «aperturismo» ha servido, sumados los criterios de censores, empresarios, compañías y público, para situarnos ante un teatro afortunadamente menor, centrado en las variantes del vodevil. ¿Corresponderá acaso a una inequívoca necesidad patológica de nuestro público? ¿Servirá para curar ciertas inhibiciones? El éxito de este penoso teatro demuestra, en última instancia, el estado de una colectividad tan largamente tutelada

por la Administración y reafirma las conocidas relaciones causales entre censura e infantilismo.

En el caso de *Ellas los prefieren un poquito locas* hay un elemento potencialmente audaz. Incluso una ingeniosa idea como punto de partida. Porque el marido, para encubrir el adulterio y evitar que la esposa lo eche de casa —el marido es pobre y la mujer millonaria—, finge estar enamorado de un muchacho, provocando así el interés maternal y reformista de su cónyuge.

Tras esta ocurrencia, en la comedia ya no hay nada más. Del supuesto amante del marido hace Manuel Galiana una interpretación hábil y paródica que, naturalmente, conforta el sentimiento machista de los espectadores. La acción consiste en sacarle partido, sin mucho ingenio, a la situación inicial, hasta llegar a un final que parece atrevido a fuerza de embarullado y equívoco.

En muchos países se estrena este tipo de teatro. Y está muy bien que así se haga —como el «strip-tease», pongamos por caso— como expresión de libertad. Lo malo es cuando alcanza a salas como el Lara, intervienen actores notables en el reparto y el público aplaude feliz. Si ésa es la imagen de nuestra sociedad contemporánea, el buen descontemporizador que la descontemporalice, buen descontemporizador será. ■ JOSE MONLEON.

Rajatabla: «Venezuela, teatro y futuro»

Creo que fue bastante más que una conferencia ilustrada. El tipo y asistencia de público rompieron ya los supuestos de una sesión meramente informativa. La sala teatral de la Escuela Superior de Arte Dramático se llenó de gente, en buena parte jo-

ven, que esperaba algo más que una conferencia. Y la verdad es que el grupo Rajatabla (Taller de Teatro del Ateneo de Caracas) no decepcionó a nadie.

La primera parte de la sesión fue informativa. Los actores caraqueños nos expusieron en ella un resumen de la historia teatral venezolana. Pero lo hicieron a través de una estructura fragmentada, con fondos musicales, diapositivas, poemas e incluso alguna canción. Tampoco el ritmo tenía nada que ver con una lección histórica. En definitiva, el título del trabajo era «Venezuela, teatro y futuro», y resultaba obvio que a los de Rajatabla les interesaba el pasado como soporte de afirmación colectiva del presente y nunca como arqueología.

De ahí que en esa primera parte, lo que se desprendió, antes que ideas o juicios de carácter crítico, fue la realidad de una vida teatral cada vez más rica y más asentada en el país. De la imagen de un teatro importado, sujeto a modas o exigencias gestadas en otras sociedades, el grupo Rajatabla nos fue conduciendo —y aquí es donde jugaron un papel clarificador las escenas seleccionadas— a una dramaturgia cada vez más caliente, más específicamente venezolana, y, sin embargo, nada localista. Con *Asia y el Lejano Oriente*, de Isaac Chocrón, y *Los ángeles terribles*, de Román Chabaud, asomó esa Venezuela que se resiste a su falso destino de gran pozo petrolero, sometido a toda clase de presiones económicas desidentificadoras. Las dos escenas anaron su inequívoco sentido político con su precisión y su imaginación dramáticas. Se trata, sin duda, de dos obras fundamentales del moderno teatro venezolano, que encontraron en el grupo Rajatabla unos sencillos pero muy eficaces intérpretes. Escenas de *Fiebre*, adaptación teatral de la novela de Miguel Otero Silva Tu país está fe-

liz, y, sobre todo, de *Venezuela tuya*, de Luis Brito García, titulos todos ellos estrenados por Rajatabla en Caracas, completaron la sesión.

El acento, el vocabulario, el dato histórico de todo este teatro, pertenecían a Venezuela, pero, ¿quién se atrevería a decir que los espectadores de la otra tarde no sintieron próxima su problemática? Los de Rajatabla afrontaron las escenas seleccionadas —propias de un teatro abierto, muy comunicativo, claro, compulsivo incluso en sus fases de humor, poco visto en nuestros muy austeros escenarios— la cuestión que mejor define el presente de toda América Latina y quizá de todos los vastos sectores populares del mundo contemporáneo: La busca comunitaria, y a menudo confusa, de la libertad en sociedad.

Rajatabla nos habló del Festival de Caracas y de los grupos y compañías españoles que han intervenido en sus dos ediciones. Carlos Giménez, que es director de Rajatabla y también del Festival, reiteró el propósito de mantener abierta aquella manifestación a nuestro mejor y más combativo teatro.

Yo estaba en el Ateneo de Caracas cuando Tábaro y La Cuadra sorprendieron al público venezolano, buena parte del cual creía que Alfonso Paso era la expresión arquetípica del teatro español de nuestros días. Pienso que algo parecido ocurrió la otra tarde en la Escuela de Arte Dramático cuando Rajatabla desveló una imagen del teatro venezolano prácticamente ignorada en España.

Rajatabla anuncia un próximo estreno en el TEI. Es ya una buena nueva de la actual temporada. Porque no es vitalidad lo que nos sobra, y el grupo venezolano la trae, en unión de su experiencia teatral, con generosa abundancia. ■ JOSE MONLEON.

LIBROS

DE MARTI A CASTRO, José Martí y Fidel Castro. Grijalbo. LA MONARQUÍA REPUBLICANA, Maurice Duverger. Dopesa. LOS LENGUAJES TOTALITARIOS, Faye. Taurus. EL JUEZ Y LA SOCIEDAD, R. Treves. Cuadernos para el Diálogo. EL PROGRESO DE LA CONCIENCIA SOCIOLOGICA, S. Giner. Península. EL PROLETARIADO MILITANTE, Anselmo Lorenzo. Zero. DICCIONARIO POLITICO, Eduardo Haro Tecglen. Planeta. CRONICAS ANTI-PARLAMENTARIAS, Francisco Umbral. Júcar. HOMBRE Y CULTURA, LA OBRA DE B. MALINOWSKI. Varios. Siglo XX. LA IDEOLOGIA URBANISTICA, Fernando Ramón. Alberto Corazón. LA NEURO-SIS KENNEDY, Nancy G. Clinch. Euros. LOS AÑOS ROJOS, ESPAÑOLES EN LOS CAMPOS DE CONCENTRACION, Mariano Constante. Martínez Roca. GUIA SECRETA DE SEVILLA, Antonio Burgos. Guadiana. INGLATERRA, N. Kazantzaki. Novelas y Cuentos. SER NORTEAMERICANOS, Gertrude Stein. Barral. EL SALTERIO, Saltes. Júcar. MARILYN, UNA BIOGRAFIA; Norman Mailer. Lumen. LA SEÑORA DOLLAWAY RECI- BE, Virginia Wolf. Lumen. TATUAJE, M. Vázquez Montalbán. Libros de la Frontera. CANTARES GALLEGOS, Rosalía de Castro. Catedra. EL MONO GRAMATICO, Octavio Paz. Selx Barral. ORTO Y OCASO DE SEVILLA, A. Domínguez Ortiz. Universidad de Sevilla. COSAS DE ESPAÑA, R. Ford. Turner.

CINE

Madrid

AMOR, Mákk (Peñalver). ROCCO Y SUS HERMANOS, Visconti (Palace). PEPPERMINT FRAPPE, Saura, y EL ESPIRITU DE LA COLME- NA, Erice (Bellas Artes). EL AMOR DEL CAPITAN BRANDO, Armiñán (Azul). CONFESIO- NES DE UN COMISARIO, Damiani (Aragón). CORAZON SOLITARIO, Betriu (Colmbra-Copacabana-Magallanes-Moratalez). CHINATOWN, Polanski (Paz). MI QUERIDA SENORITA, Armi- ñán (Cervantes). MIMI METALURGICO, HERI- DO EN SU HONOR, Wertmuller (Carlton). LA MUJER DE JUAN, Bellon (Pompeya). LOS NUE- VOS ESPAÑOLES, Bodegas (Luchana-Torre de Madrid-Richmond). TERESA LA LADRONA, Di Palma (Gayarre-Infantas). TRATAMIENTO DE SHOCK, Jessua (Bahía-Postas-Río). UN TRAN- VIA LLAMADO DESEO, Kazan (Duplex, sala 2). VERANO DEL 42, Mulligan (Coliseum). YO VIGILO EL CAMINO, Frankenheimer (Valleher- moso). Filmoteca Nacional: Véase programa- ción diaria.

Barcelona

UN SABOR A MIEL, Richardson (Alexis-Ars). TAKING-OFF, Forman (Ars). LUCES EN LA CIUDAD, Chaplin (Balmes). LA MUJER DE JUAN, Bellon (Moratin). EL AMOR DEL CAPITAN BRANDO, Armiñán (Cataluña). CHINA- TOWN, Polanski (Urgel). EL JUEZ DE LA HOR- CA, Huston (Canadá-Favencia). LOS NUEVOS ESPAÑOLES, Bodegas (Alexandra). LA PRIMA ANGELICA, Saura (Paris). TAL COMO ERA- MOS, Pollack (Aribau). VERANO DEL 42, Mul- ligan (Fantasio). Filmoteca Nacional: Véase programación diaria.